



LA ELECCIÓN PARA DEFINIR AL CANDIDATO PRESIDENCIAL OPOSITOR DE 2024 DEBE SER ORGANIZADA POR EL INE, CON AMPLIA PARTICIPACIÓN DE LOS CIUDADANOS, MÁS ALLÁ DE LOS PARTIDOS, PARA FORJAR UNA ALTERNATIVA QUE CONTRASTE CON LA DEL PROCESO DE LA 4T.

El por qué de las primarias

OPINIÓN DEL LECTOR



Los líderes del PAN, el PRI y PRD acordaron el proceso para elegir a su candidato.

Es notable observar cómo las semanas y días recientes son una especie de reedición –mínimamente actualizada– de una serie o película que se estrenó hace medio siglo. Un Presidente jugando a que hay competencia por su sucesión, unos contendientes soñando con que dicha competencia existe, una sociedad política que no pierde detalle del guiño, del gesto, del talante del jerarca, y unos medios de comunicación incapaces de poner atención a nada más que el baile orquestado desde Palacio. Es como un “hit” de los setentas, insistió, pero “remastered” con encuestas, para ponerle un toque pretendidamente democrático y contemporáneo, y para ampliar la audiencia, el drama pretendido y las expectativas de desenlace. Poco importa que el asunto sea casi ineludiblemente ilegal, porque las precampañas formalmente no debieran de empezar sino hasta dentro de varios meses más.

Al final del día, no sorprende ese tipo de producción y esa intencionalidad. Es el sello de la casa, en todas las cosas que le son relevantes. La vuelta al pasado. Un pasado que supone que cuenta con suficientes mecanismos de control, positivos y negativos, para asegurar la lealtad de quienes se suponen auténticos competidores por el premio final, cuando desde un principio fueron elegidos para fungir como actores de relleno. Tampoco es muy democrático que digamos, en particular por los instrumentos punitivos que seguramente alista y enseña de vez en cuando el poder; pero también es cierto que cuando se tiene ventaja de 20 o 30 puntos respecto del siguiente partido en las encuestas, se tienen muchos cargos potenciales que repartir para los derrotados.

Lo que indigna es el pasmo y falta de imaginación de sus opositores. Ya intentaron una coalición por dezado hace exactamente seis años y el resultado fue desastroso. La dirigencia del PAN no quiso nunca poner en juego su candidatura en lo personal, y supuso que la suma aritmética de los votos del PRD y Movimiento Ciudadano alcanzaría para el triunfo si jugaban un juego de acuerdo cupular y repartición de candidaturas:

“La grande para mí, la de Jalisco para tí, la Ciudad para quien tú digas, las listas las ponemos en este orden, ¡ah!, y la candidata de mi partido que quiere competir?, que se sume, que se aguarde, o que se vaya por la libre: los partidos son nuestros... y los votos, también”. Suena conocido, ¿no?

Ahí el defecto no está solo en la mezquindad y la torpeza. Vaya, ni siquiera se asoma un intento por hacer una actualización del fracasadísimo proceso pasado. Se habla de firmas, de acuerdos, de encuestas, de sorpresas... ¿Y los votantes, apá? ¿Como quién creen que atiborró el Zócalo dos veces bajo el inconcebible lema de #ElInEnosetoca?, ¿en defensa de quién y de qué principio vimos la más notable manifestación política de la historia de nuestro país? Del voto popular. De la competencia. Del derecho a decidir. A entusiasmarse con una opción distinta. Ese grito en contra del famoso Plan B electoral no era un reclamo exigiendo que se les encuestara, y solo lo era contra el Presidente y su partido porque a ellos se achacaba –correctamente– el deseo de limitar el derecho a elegir de la gente de este país. Nuestra Oposición ha dado muestras penosas de oportunismo y deseo de impunidad. Y por ello no sorprendió que no se viera a ningún liderazgo partidista en aquellas marchas. Pero la incompetencia autoritaria con que se atisba, elegirán candidatura quienes dicen representar auténticamente los valores democráticos en México, es a un tiempo motivo de risa y desesperanza.

Por fortuna hay tiempo y opciones para eludir el trágico ridículo que implicaría regalarle al poder una elección legitimadora de su proyecto antidemocrático. La ley permite armar un proceso, aún dentro de sus enormes restricciones, en donde la palabra la tenga la gente. Al amparo del INE, esa misma institución que nos enorgullece porque ha garantizado elecciones libres y válidas desde 1997 a la fecha, los partidos opositores podrían abrir un proceso de elección primaria en la que las alternativas más atractivas de cada partido pudiesen

contender por la candidatura presidencial.

Espanta mucho el espectro de la manipulación de los votantes en dicho proceso. ¿Pero en verdad creemos que será más limpio el conteo de firmas que los contendientes llevarán a las oficinas de los partidos para definir aspirantes que una primaria bien ordenada por el INE? Si la respuesta es que sí, es que seguramente creemos que tenemos ventaja en la capacidad de juntar o contar esas firmas. La forma de evitar la manipulación no es poner las definiciones en manos de unas pocas personas, cuyos incentivos están anclados más en el control de su propio partido que en el triunfo de la candidatura de su coalición. Está en ponerlas en manos de la población. Está en renovar los padrones de simpatizantes e integrar los de los partidos, abrir su participación en una elección interna de sesenta días de campaña, y tomar ese resultado como el legítimo ejemplo de que con la gente sí se puede. Se puede construir una alternativa nueva, que entusiasme, que convenza, que tome inercia de triunfo, y que contraste realmente con ese proceso que gira alrededor de Palacio y que tiene un inconfundible olor a naftalina y al viejo PRI.

El otro valor extraordinario de armar una primaria, típicamente olvidado incluso por quienes las promueven, es que además de definir un triunfador, brindan también uno o varios realmente derrotados. A diferencia del agravio –real o inventado– de quien no puede competir realmente por una candidatura en

buena lid, que típicamente se usa como argumento para buscar opciones por otro partido (tal como le ocurrió en Coahuila a Morena), una primaria pone las cosas en su lugar, porque resuelve los dilemas por la vía más democrática posible: la de los votos. Ciertamente es que nada garantiza que una primaria no termine en un resultado muy dividido, lo que suele preocupar porque hace más difícil el acuerdo posterior entre las huestes de los derrotados, pero hay dos contraargumentos importantes.

Al amparo del INE, esa misma institución que nos enorgullece porque ha garantizado elecciones libres y válidas desde 1997 a la fecha, los partidos opositores podrían abrir un proceso de elección primaria en la que las alternativas más atractivas de cada partido pudiesen contender por la candidatura presidencial.

Primero, que eso (como es el caso en todas las elecciones) no es el resultado más común; segundo, que si el nivel de competitividad es tan cercano, al menos será claro cuál de las alternativas es más competitiva que la otra, incluso por el más pequeño margen.

Pregunta aparte es sobre los mecanismos de compensación para perdedores. La respuesta tampoco es tan difícil. Y ahí, paradójicamente, desde Palacio se ha puesto el ejemplo muy claro –aunque no hay que irse con la finta–, las encuestas son instrumentos de medición, que no de competencia; se les enarbolan en nombre de la democracia, y sin

duda ofrecen información valiosa, pero se están usando por Morena precisamente para evitar el voto de la gente y la comparación real entre alternativas. No obstante, si acierta el partido en el gobierno al definir candidaturas y posiciones para quienes muestren disciplina en la derrota. Ahora bien, si esa derrota es además el resultado de un proceso auténticamente competido, con base en los votos de la gente, ello suma ineludiblemente al valor del bien colectivo detrás de una candidatura triunfante. No es tan difícil, si el incentivo dominante es –como tanto se dice– frenar el avance de un proyecto tan pernicioso como el que representaría la continuidad.

Hay muchas otras excusas que los líderes partidarios plantearán para no renunciar al control de su bien más preciado. Hay siempre argumentos serios y dificultades técnicas que no pueden ignorarse si lo que se desea es lograr un buen proceso. Pero la voz dominante en esta definición debiera ser la de la gente. Esa muchedumbre ansiosa que llenó las plazas de todo el país, que las vio con un optimismo no visto en muchos años, de esa mayoría silenciosa que exige que brillen liderazgos capaces de recordarnos que México puede ser mejor siendo democrático. De quienes queremos ver un futuro donde todas y todos tengamos un espacio, y donde opositores y partidos dejen de pensar que el país es de ellos y dejen que afloren las voces y las fuerzas, de todos los signos y todos los colores, de quienes confiamos en nuestra capacidad colectiva para construir un mejor país. □